

PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE

GANADORA: NURIA GARCÍA GÓNZALEZ

TÍTULO: MÚSICA PARA INFIELES

Desde que cerró sus puertas el Centro Nacional de Música, el barrio resulta más sucio y polvoriento bajo la canícula de un verano que amenaza con traer grandes cambios. Profesores de música y alumnos del centro han desaparecido de la faz de la tierra, de un día para otro. Los villanos han decretado el fin de toda manifestación musical. Notas y arpegios contravienen esa ley superior a la que todos deben someterse. Esa misma ley que pone veto a los acordes procedentes de Occidente, e incluso prohíbe el folclore más arraigado del pueblo, permite, paradójicamente, la presencia de armas ultramodernas por la ciudad.

Bashida, con tan solo 17 años, es una violinista con un futuro prometedor. Acaba de comprobar que las puertas de la esperanza se le han cerrado. El centro de música paraliza su actividad temporalmente, así reza un cartel escrito a mano. Camina con la cabeza gacha de regreso al apartamento que comparte con su tía. A dos manzanas de su domicilio, Bashida es interceptada por dos milicianos. "¿Dónde está tu mahram?", inquiera el que parece de un rango superior.

"No tengo. Vivo con mi tía y no tengo a nadie que me pueda acompañar", responde ella en un murmullo. El otro miliciano le espeta: "Bien sabéis que no podéis salir solas sin compañía. Quedaos en vuestras casas" y le hace un gesto autoritario para que continúe andando. Bashida, ahora con pasos más ligeros, intenta por todos los medios que el imperceptible frus frus de su larga túnica no solivianta esos ojos escrutadores que ahora la miran al pasar, a sabiendas de que todo gesto o descuido ante los villanos puede ser juzgado como provocación. "Ahora somos fantasmas", se lamentaba su tía ayer durante la cena. Incluso los carteles publicitarios y los escaparates han borrado cualquier reclamo en el que aparezca la imagen de una mujer.

Cuando Bashida abre la puerta de casa, de inmediato echa en falta el agradable aroma del mediodía. Hoy la tía Negin no ha preparado arroz hervido con pasas y zanahorias. La encuentra revolviendo papeles en su habitación, el pelo lacio le cae sobre los hombros. "Tía, han cerrado el conservatorio, ¿lo sabías?" La tía Negin no responde, abre uno por uno los cajones de la cómoda, busca y rebusca, parece alterada. La sobrina la observa un rato desde el umbral hasta que Negin levanta la mirada con determinación: "Nos vamos, Bashida. Guarda lo justo e indispensable en una maleta. Ya tengo los pasaportes". La joven traga saliva: "¿Y el violín?"

Negin no contesta de momento porque su mente viaja hasta los buenos tiempos del conservatorio cuando ella y una amiga pianista formaron la primera orquesta mixta de Afganistán. Este proyecto ya es agua pasada. Negin se quedó en el país y su amiga se marchó

a Turquía para proseguir su carrera de concertista. "Acuérdate de Hakema cuando apareció en la televisión turca hace unos meses. Fueron a buscar al hermano menor para sonsacarle información, le golpearon", Negin ya ha narrado varias veces este terrible episodio. Bashida, con sus negros ojos fijos en su tía, insiste: "¿Qué va a pasar con mi violín?"

§§s

Con tan solo cuatro años de edad, Negin escuchó por primera vez el sonido de un sitar. Era propiedad de un pariente suyo que habitaba en las montañas. El instrumento producía un sonido tan dulce y seductor que ella también quiso pulsar una de sus cuerdas a escondidas, aprovechando un descuido de su pariente. Esa tentación infantil acabó con un golpe de nudillos y una buena regañina paterna por haber cometido tal osadía. En la escuela de música, durante los años 90, Negin asistió a la quema masiva de instrumentos musicales por parte de un grupo de caciques, en los peores años del infierno talibán. Esta atrocidad la dejó marcada, casi tanto como la influencia posterior de una profesora de piano, mujer de origen italiano que cooperaba con las fuerzas internacionales en tareas de educación, quien, a la postre, resultó una figura crucial en su carrera. Antes de la pubertad, Negin ya se había trazado el camino de la que iba a ser su vida, pese a que algún familiar prometió matarla a palos por su testarudez, por su insolencia, por su afrenta. La actitud contraria del clan familiar hacia sus estudios se prolongó largos años hasta la primera aparición de Negin en una retransmisión de la televisión nacional. Entonces tuvieron que aceptar la realidad: era la primera mujer directora de orquesta en su país y encaraba todos los avances conseguidos por las mujeres, paso a paso y con mucho esfuerzo, en veinte años de intervención extranjera. Hoy nos trasladamos a 2021 y los aires de libertad que se respiraban son puro espejismo para ella.

§§§

La ciudad ha mudado de piel en tan solo una semana. Se ha convertido en un monstruo irracional e imprevisible. Los cajeros automáticos ya no dispensan dinero y las bodas parecen funerales. La música religiosa es lo único que suena en calles y plazas, a ratos aderezada por los tiros de las milicias como trasfondo. Cualquier otra alternativa que no sea la sobriedad de los versos coránicos recitados a capela es música de "infieles", según las normas del régimen. Atravesando el corazón de la ciudad de camino al aeródromo portando sus bolsas de viaje, Negin y su sobrina Bashida han elegido el "burka", una prenda inusual en ellas por las connotaciones coercitivas y humillantes que representa, pero hoy convertida en escudo protector frente a los ojos de las milicias que andan dispersas en puntos estratégicos de la ciudad. La opacidad y el hermetismo de la prenda les ofrece cierta garantía para que los milicianos las dejen en paz. El periplo para tía y sobrina resulta eterno hasta el aeródromo. En ocasiones se topan con campamentos levantados de forma improvisada en enclaves muy diversos, pobres gentes llegadas del mundo rural que recalán allí buscando una salida. La desesperación se palpa en las calles próximas al aeródromo, con un gentío ávido por encontrar asiento en uno de esos aviones militares con rayas y estrellas, rezando al cielo para que se les conceda esa puerta hacia la salvación. Fareeda también se abre paso con una mochila cargada a la espalda. Sus propios padres la ayudan a avanzar entre los cientos de personas que se empujan para alcanzar las vallas metálicas del aeródromo. Algunos efectivos que forman el retén de soldados norteamericanos ayudan a traspasar a los que portan un pasaporte en regla

y un documento expedido como colaboradores de las fuerzas internacionales. Su evacuación va marcada con una equis de "prioridad". Fareeda ha cumplido 21 años. Ha pasado casi toda su vida subida sobre una bicicleta. El último modelo de fabricación europeo lo vendió el padre en el mercado negro hace unos días. "¿Por qué, baba?", Fareeda increpó al padre por deshacerse de su bien máspreciado. "Por ti, hija, para que no te atrapen, ellos lo han prohibido". Los maillots y los pantalones de licra elástica también han desaparecido del fondo del armario. Fue la madre que, con ayuda de un hornillo doméstico, se deshizo de cualquier prueba cuando las búsquedas de los milicianos se intensificaron. Fareeda se lamentaba mientras su madre intentaba razonar con ella: "Buscan mujeres por las casas, hija, no van a tener piedad". Practicar ciclismo, al igual que tenis, baloncesto o cualquier otro deporte, es pecado, máxime si los deportistas son féminas, le recordaba la madre constantemente. Fareeda y todas las compañeras integrantes del equipo nacional de ciclismo ya eran objeto habitual de amenazas e insultos a través de las redes sociales. Los más reaccionarios llegaron a perseguirlas por caminos y carreteras, acobardándolas y acosándolas desde sus coches. El pelotón de Fareeda no volverá a entrenar. Es un hecho. Y ella está a punto de abandonar el país en calidad de refugiada. "¿Por qué no venís conmigo?", la joven se lo ha rogado muchas veces a sus padres. "Nos quedamos. Es nuestro deber estar con los nuestros", explica la madre. Son palabras poderosas que resonarán en la cabeza de Fareeda para siempre. Aisha, la madre, se despide de ella con un "volveremos a vernos". Padre, madre e hija se abrazan antes de que el soldado haga un gesto definitivo para que la joven alcance las feas puertas metálicas, más propias de una prisión que de una terminal internacional. El padre de Fareeda hoy es un hombre desolado y no puede ocultar que tiene miedo. Su esposa Aisha, profesora, pertenece a la plataforma "19 millones que, desde hace años, lucha por los derechos de la mujer afgana. En una toma de la televisión alemana, Aisha saldrá esa semana reivindicando en silencio el respeto por los avances de la mujer en su país. Será una breve grabación de apenas unos segundos donde varias mujeres de la plataforma ataviadas con sus abajas y sus hiyabs se situarán frente a un grupo de milicianos con sus únicas armas: pancartas que reivindican trabajo, educación, participación política y todo aquellos que el nuevo régimen les ha robado de un plumazo. Dos días más tarde de despedir a su hija, Aisha mirará a la cámara de la televisión alemana y sentenciará: "Amo a mi país y a las mujeres afganas. Por eso me quedo y doy la cara. Si no.

¿Qué será de nosotras? ¿Qué será de las más pobres y de aquellas que viven atrapadas en suspueblos, si las abandonamos?"

§§§

Anissa Lema tiene a buen resguardo el documento de control con su sello rojo de "evacuación prioritaria". Sobre la cama abre una maleta antigua, única herencia de la familia que la repudió. Esta enfermera, trabajadora social y activista colaboradora de EE.UU., se miró en el espejo un día y gritó con todas sus fuerzas: "No pienso vivir pidiendo permiso para respirar". Su vecina golpeó una cazuela contra el fino tabique del salón que las separa: "Anissa Lema, que Dios nos proteja si ellos te escuchan desde la calle!" "Ellos", piensa Anissa con repulsión. "Ellos, que se hacen llamar el nuevo régimen moderado, masculla entre dientes con la espalda bañada en gotas de sudor que traspasan su blusa veraniega. Con rabia rompe y rasga los cuadernos, carpetas y apuntes de sus más de veinte años de trabajo; solo guarda en la maleta sus títulos,

diplomas y certificados, su mayor tesoro. Los libros en inglés de autoayuda contra la ansiedad que una marine americana le regaló terminan ocultos bajo los baldosines de la cocina. Muchos otros tomos prohibidos acaban arrumbados en un hueco bajo el linóleo del salón. No sabe si volverá a pisar esa casa, si algún día la encontrará hecha un amasijo de escombros, ni sabe si los muebles y sus queridas plantas estarán allí cuando ella consiga volver. Pero ya no queda tiempo para la nostalgia, desgraciadamente. Anissa no puede por menos que esbozar una sonrisa amarga e irónica a la vez cuando, hace tan solo unos días, se dirigía a su puesto de trabajo en el hospital y unos milicianos mal encarados impidieron la entrada al centro de salud a varias doctoras y enfermeras: "Esto es una advertencia. Los norteamericanos disparan a la gente, también a las mujeres. Quedaos en vuestras casas por seguridad. Además, las fuerzas del régimen no están habituadas a tener que tratar con mujeres, así que volved, mujeres, a vuestros hogares porque nuestros militares no saben cómo dirigirse a vosotras, ni tienen por qué saberlo". Anissa siente un brote de odio a punto de explotar en su pecho, recoge, rompe, rasga, guarda papeles y, agotada, acaba derrotada en el suelo. A los cinco minutos, reanuda su tarea con energía. Un convoy pasará a recogerla en 30 minutos y el rumbo de su vida cambiará. Quizá sea Estados Unidos su destino final, ella siempre lo soñó así, pero ya no le importa tanto esta quimera. La prioridad ahora es salir de allí.

§§§

"Una rebelde, una infiel y una deshonra para todos nosotros", fueron las palabras que le dedicó su familia cuando quisieron casarla con un clérigo local, allá en las estepas pedregosas de su pueblo. Cómo llegó a escaparse esa noche por esos parajes hostiles, cómo sus pies aguantaron todo el trayecto sin desfallecer hasta llegar a destino seguro, es un pasaje de su existencia que a Anissa Lema se le ha olvidado por completo. Porque los humanos tenemos la capacidad de esconder lo que nos hiere, somos capaces de dejar ciertos recuerdos encapsulados en nuestra mente cuando se trata de sobrevivir y salir adelante. La de hoy será su segunda escapada hacia la supervivencia. Cierra ahora los ojos mientras reposa, por fin, la cabeza sentada en el asiento de un Boeing 787 a punto de partir. Llegar hasta ahí no ha sido tarea fácil, por eso está exhausta.

¿Por qué no dejan de lloriquear los niños a bordo? ¿Por qué le molestan tanto esos rostros de estupefacción y aturdimiento a su alrededor, esas voces lastimeras? Es una escapada hacia la vida, habría que celebrarlo. Ella ya tiene tablas alejándose de la miseria moral, del analfabetismo crónico y la violencia del entorno. De poco han servido las amenazas que le han enviado sus propios hermanos en dos décadas de alejamiento. Frente a ellos se ha tenido que blindar y pedir protección varias veces porque en ocasiones han acudido desde el pueblo a amedrentarla, hostigarla e incluso una vez le propinaron una buena paliza. "Sangre de mi sangre", piensa con profunda pena pero, de inmediato, percibe el llanto silencioso de la joven que ocupa el asiento junto a ella. La chica viaja sola en ese avión comercial que tiene vinilado en sus costados dos palabras: "Air Europa".

Cuando la aeronave por fin se eleva surcando el azul del cielo, se oyen algunas voces de júbilo, algunos suspiros largo tiempos retenidos. La evacuación, finalmente, es una realidad y los 240 pasajeros a bordo pueden considerarse tocados por la fortuna. La joven delgada, su compañera de viaje, sigue llorando. Anissa la mira de reojo sin intervenir. Desearía cerrar los

ojos y abrirlos ya en tierra. Saborea por momentos la posibilidad de reunirse con ese doctor tan apuesto que logró la nacionalidad estadounidense y se marchó a trabajar a Texas hace un par de años. Quién sabe, ella también podría labrarse allí un futuro.

Además de ser una "infiel", y de no haber querido ni marido ni hijos que criar, se siente muy poco patriota en estos momentos. El murmullo de voces se va acallando a medida que la tripulación empieza a distribuir té y refrescos entre los pasajeros. Anissa pide agua y luego cae en un sopor pesado que se convierte en sueño profundo. Ha debido de dormir un par de horas cuando el olor a comida estimula su estómago. Están repartiendo unos envoltorios con comida.

Una azafata con chaleco militar y ojeras de varios días saluda en inglés. Anissa toma su ración y ruega que le den otra más para la joven que está a su lado, profundamente dormida tras la linterna, con la cabeza apoyada en la ventanilla.

§88

Le da lástima esa chica sola. Cuando ve que se despierta, Anissa le tiende la ración de comida, con ese tacto que otorgan tantos años cuidando a enfermos: "Te he guardado esto. Come, tienes que recuperar fuerzas. ¿Viajas sola?" Entonces Fareeda repara por primera vez en su vecina de viaje. "Mis padres me han obligado a huir, ellos se han quedado...", empieza a contar con ojos hinchados. "Escucha. Es una oportunidad, somos unas privilegiadas, tú y yo. Tenemos que aprovechar el momento. Es posible que regresemos a un país diferente dentro de un tiempo, o quizás volvamos al mismo país de antes, eso aún no lo sabemos, pero no podemos quedarnos y ser testigos de ese infierno". Fareeda asiente. "¿Sabes cuál va a ser tu destino aquí en Europa?", se interesa Anissa. La joven contesta sin mucha euforia: "Me han ofrecido poder seguir con mi carrera de ciclista en España", intentando esbozar una tímida sonrisa. "Inshallah", responde Anissa. Empiezan a contarse sus respectivas vidas. Mujeres distintas, con edades y vivencias diferentes, pero unidas hoy en su huida. Pasadas algunas horas de calma, la voz del piloto irrumpe con ciertas distorsiones por megafonía interna: "Señores pasajeros, vamos a sobrevolar territorio español. En 45 minutos iniciaremos el descenso". Suspiros, interjecciones de alegría, rostros que se despiertan del letargo, niños que se revuelven en sus asientos, madres que abrazan a sus criaturas, hombres de semblante serio escrutan por las ventanillas la noche que les recibirá ahí fuera. El Boeing 787 empieza a perder altura como una enorme ave de hierro realizando una maniobra cuidadosa al descender sobre Madrid, como si supiera que el pasaje que lleva en sus entrañas es frágil y está ya muy vapuleado.

Y en ese momento suenan los acordes de un violín a bordo. De manera inopinada, una pasajera de la última fila se ha arrancado con una melodía llena de sentimiento. Mientras los dedos de la joven Bashida ejecutan la pieza, pasajeros y tripulantes escuchan con sorpresa. Algunos ya juntan sus manos en señal de agradecimiento porque esto es como escuchar música celestial tras haber pasado por el infierno.

La tía Negin mira al frente algo taciturna y ensimismada, sentada junto a su sobrina, sin dejar de pensar en aquellos afganos que se han quedado allá, sin futuro alguno. Y reza en silencio por esos 19 millones de niñas, jóvenes, madres y abuelas, para que el mundo no las olvide. §